

La relación sujeto-objeto en la investigación empírica sobre política

María Eugenia Valdés Vega*

El objetivo de este artículo es discutir cómo influye la subjetividad del investigador en el análisis de sus objetos de estudio, uno de los más importantes problemas metodológicos para quienes investigan la realidad política. Las reflexiones de la autora se exponen a lo largo de todo el artículo, en el cual comienza por describir y analizar los planteamientos de Ernst Nagel sobre este problema que afecta a las ciencias sociales, así como los de Jürgen Habermas, quien reclama una posición especial para las ciencias sociales frente a las de la naturaleza; más adelante, se exponen cuáles son los objetos de estudio propios de la ciencia política. Los últimos apartados ofrecen una guía práctica sobre este aspecto, el cual ha servido durante muchos años en los cursos de metodología que imparte la autora para que los estudiantes elaboren sus proyectos de investigación.

Palabras clave: objetividad, subjetividad, ciencias sociales.

Presentación

Entendida en sentido amplio como la lucha por el poder y su ejercicio, la actividad política es probablemente tan antigua como la humanidad misma y, a pesar de ello, el surgimiento de la disciplina científica dedicada a estudiarla es muy reciente y bien podría decirse que es una de las más jóvenes entre las que se agrupan como ciencias humanas o sociales. Y aunque se ha avanzado mucho en la definición clara de los objetos de conocimiento propios del campo de la ciencia política, es una tarea pendiente reflexionar sobre el papel del sujeto que se dedica a estudiar tales objetos y más aún precisar la relación entre sujeto y objeto de investigación.

* Investigadora de la UAM-Iztapalapa. Correo electrónico: vmve@xanum.uam.mx

Existen una serie de problemas que los politólogos enfrentan en su práctica de investigación y que son verdaderamente muy importantes: precisar qué métodos utilizan y cuáles son, especificar las técnicas que usan con más frecuencia y explicar por qué son las más adecuadas y, de manera relevante, cómo enlazar las teorías y esquemas conceptuales con el análisis de los fenómenos empíricos de la política. Lo anterior configura una situación difícil para los politólogos, ya que al mismo tiempo que se enfrentan a la tarea de analizar y explicar los fenómenos políticos, tienen también que trabajar en la constitución de la cientificidad de su disciplina. Es por ello comprensible que no tengan suficiente tiempo para reflexionar sobre su propio papel como sujetos investigadores y las relaciones que establecen con sus objetos de estudio.

Sin embargo, discutir sobre esta relación es una labor necesaria porque, posiblemente, no haya ninguna otra rama de la ciencia donde sean tan evidentes las consecuencias negativas que tiene la influencia de la ideología y del interés material para la investigación, como lo es en la ciencia política. Así pues, el propósito de este trabajo es plantear algunas ideas iniciales al respecto, con la esperanza de que sean de alguna utilidad tanto para los profesores que dirigen proyectos de investigación empírica sobre la política, como para los estudiantes que están aprendiendo a investigar.

Los problemas metodológicos de las ciencias sociales

Los esfuerzos encaminados a otorgarle validez científica a la investigación empírica sobre la política no fueron sencillos, pues los filósofos positivistas difícilmente han aceptado que el estudio de la sociedad humana forme parte del campo científico. Uno de ellos, Ernest Nagel, señala que las ciencias sociales han aportado

penetrantes observaciones sobre las funciones de diversas instituciones sociales del mundo humano [pero] raramente pretenden basarse en indagaciones sistemáticas de datos empíricos detallados concernientes al funcionamiento real de la sociedad. Si se llegan a mencionar tales datos, su función es en su mayor parte anecdótica, ya que sirven para ilustrar alguna conclusión general, más que para someterla a prueba críticamente.

[Su conclusión es que] en ningún dominio de la investigación social se ha establecido un cuerpo de leyes generales comparable con las teorías sobresalientes de las ciencias naturales en cuanto a poder explicativo o capacidad de brindar predicciones precisas y confiables (Nagel, 1991:404).

La razón por la cual Ernest Nagel encuentra “dificultades” en las ciencias sociales es que los investigadores de la sociedad forman parte de su propio objeto; es decir, las dificultades estriban en la relación sujeto-objeto de la investigación. Vale la pena exponer con amplitud cuáles son esas dificultades y la forma en que se pueden superar, señaladas por él en el capítulo sobre los problemas metodológicos de las ciencias sociales de su famoso libro.

1. *Margen de posibilidades presuntamente estrecho para realizar experimentos controlados de fenómenos sociales.* Como los científicos sociales habitualmente no poseen el poder de instituir modificaciones concebidas experimentalmente en la mayoría de los materiales sociales que son de interés científico, esto plantea dos problemas importantes: primero, la experimentación controlada es una condición sin la cual no se puede obtener un conocimiento fáctico bien fundado y, en particular, para establecer leyes generales; y segundo, de hecho hay solamente una mínima posibilidad de que las ciencias sociales puedan disponer de procedimientos empíricos controlados.

La respuesta de Nagel a estas dos cuestiones es que muchas ciencias (como la astronomía y la geología) han contribuido al avance de las formas generales del conocimiento a pesar de tener muy escasas posibilidades de realizar experimentos controlados. Partiendo del supuesto de que “el objetivo principal de la ciencia social teórica es establecer leyes generales que puedan servir como instrumentos para la explicación sistemática y la predicción confiable”, su propuesta es que si aspiran a obtener leyes generales dignas de confianza en lo concerniente a temas empíricos, las ciencias sociales deben emplear un procedimiento que, si bien “no constituye estrictamente una experimentación controlada, al menos tiene las funciones lógicas esenciales del experimento en la investigación”. Nagel llama “investigación controlada” a ese procedimiento, que consiste

en la búsqueda deliberada de situaciones diferentes en las cuales el fenómeno se manifieste uniformemente (en modos idénticos o diferentes) o

se manifieste en algunos casos pero no en otros, y en el ulterior examen de ciertos factores destacados en esas ocasiones con el fin de discernir si las variaciones de esos factores se relacionan con diferencias en los fenómenos; se seleccionan para su cuidadosa observación esos factores y las manifestaciones diferentes del fenómeno porque se supone que están relacionados de manera significativa (Nagel, 1991:407-409).

Una investigación empírica controlada utiliza este procedimiento.

2. *Relatividad cultural y leyes sociales.* A diferencia de las leyes de la física y la química, y debido a su carácter “históricamente condicionado” o “culturalmente determinado”, las generalizaciones de las ciencias sociales tienen un alcance muy restringido, el cual se limita a fenómenos que se producen durante una época histórica relativamente breve dentro de ordenamientos institucionales especiales. De este modo, la variación de las pautas de conducta social lleva a que las conclusiones obtenidas mediante el estudio controlado en una sociedad probablemente no sean válidas para otra, y en consecuencia se imposibilita el logro de leyes sociales que permitan la predicción precisa del futuro (Nagel, 1991:415).

De acuerdo con Nagel, esta incapacidad de las ciencias sociales para prever el futuro no es exclusiva (sólo con la excepción de la astronomía) y tampoco constituye una señal segura de que no se hayan establecido o no puedan establecerse leyes de amplio alcance. Lo que han hecho los científicos sociales es darle una mayor generalidad y abstracción a sus leyes mediante el uso de “variables” y formular los llamados “tipos ideales”, los cuales no son sino leyes que enuncian alguna relación que sólo es válida en ciertas condiciones límite y que raramente se cumplen. Nagel dice que ello hace evidente que el carácter “históricamente condicionado” de los fenómenos sociales “no constituye ningún obstáculo inherente a la formulación de leyes transculturales de gran generalidad” (Nagel, 1991:418-419).

3. *El conocimiento de los fenómenos sociales como variable social.* Ya que los seres humanos a menudo modifican sus modos habituales de conducta social, como consecuencia de la adquisición de nuevos conocimientos acerca de los sucesos en los cuales participan o de la sociedad a la que pertenecen, pueden producirse cambios en los fenómenos por los medios utilizados para investigarlos; con ello, las conclusiones de un estudio serio pueden ser invalidadas. Así, puede suceder

que un investigador realice “predicciones suicidas” como cuando anuncia una recesión comercial y debido a esta advertencia los empresarios reducen los precios de productos estratégicos en el mercado, de modo que la demanda efectiva de esos productos aumenta y la recesión anunciada no se produce; de esta manera, de una verdad inicial se produce finalmente una mentira (Nagel, 1991:423). Pero también ocurrir lo contrario y que una investigación produzca lo que Nagel llama “profecías autorrealizadoras”: aquellas que “son falsas en el momento en el cual se las hace, pero que resultan verdaderas debido a las acciones emprendidas como consecuencia de creer en las predicciones”, como cuando una institución bancaria se declara en quiebra porque los depositantes creen firmemente que va a quebrar, lo que provoca un retiro masivo de ahorros (Nagel, 1991).

No obstante, Nagel dice que eso no debe impedir el establecimiento de leyes sociales, porque aunque es cierto que existe la genuina posibilidad de que el carácter de los procesos sociales sea modificado por la acción basada en su conocimiento, “tal posibilidad a menudo puede ser ignorada, pues por lo general dicha acción no transforma radicalmente el esquema total de la conducta social corriente”.¹

4. *La naturaleza subjetiva de los temas de estudio sociales.* Los fenómenos sociales presentan un aspecto esencialmente “subjetivo” o “impregnado de valores”, por lo cual es difícil si no es que imposible alcanzar explicaciones objetivamente bien fundadas sobre ellos. Se trata del estudio de las motivaciones y otras cuestiones psicológicas “que constituyen los resortes de la conducta humana intencional, así como con los objetivos y los valores cuyo logro es la finalidad explícita o implícita de tal conducta”. Pero tales motivaciones, fines y valores de la conducta humana, no son cuestiones que se puedan percibir sensorialmente y puedan conocerse o identificar por medio del uso exclusivo de procedimientos que son adecuados para explorar los fenómenos de las ciencias naturales. Con claridad, Nagel apunta que por el contra-

¹ Nagel hace una referencia a pie de página sobre cómo se había demostrado que las encuestas electorales podían publicar sus resultados porque las reacciones de los votantes no refutaban sus pronósticos. Sin embargo, hay un famoso caso (Inglaterra, 1992) en el cual sí se alteró el resultado de la elección debido al pronóstico anunciado por una encuesta. De cualquier modo, esto no es lo común cuando las encuestas se hacen profesionalmente y en un ambiente de libertad política (Nagel, 1991:426).

rio, son cuestiones que sólo podemos conocer a través de nuestra “experiencia subjetiva” (Nagel, 1991).

De esta manera, las ciencias sociales se ven obligadas a confiar en técnicas de investigación “subjetivas” o “no objetivas” pues sus categorías descriptivas y explicativas son de esa naturaleza. En un loable intento por comprender los obstáculos científicos implicados en objetos de estudio tan difíciles de conocer, Nagel escribió:

El científico social, por lo tanto, debe “interpretar” los materiales de su estudio identificándose en su imaginación con los actores de los procesos sociales considerando las situaciones con las que se enfrentan como los actores mismos y construyendo “modelos de motivaciones” en los cuales se atribuyan a esos agentes humanos resortes de su acción y compromisos con diversos esquemas de valores. El científico social sólo puede lograr esto porque él mismo es un agente activo en procesos sociales y puede comprender, por ende, a la luz de sus propias experiencias “subjetivas”, los “significados internos” de las acciones sociales. En consecuencia, se sostiene que la creación de una ciencia social “objetiva” [...] es una esperanza vana; pues excluir por principio todo vestigio de interpretación subjetiva y motivacional del estudio de los problemas humanos equivale a eliminar de dicho estudio la consideración de todo hecho social genuino (Nagel, 1991:428).

Sin embargo, Nagel señala que las hipótesis de un científico social pueden tener validez a pesar de la proyección de sí mismo en los fenómenos que trata de comprender, puesto que eso sólo concierne al *origen* de sus hipótesis y de ninguna manera significa *conocimiento*. En la investigación, el hecho de que el científico logre identificarse con los actores humanos de un proceso social “no anula la necesidad de elementos de juicio objetivos, evaluados de acuerdo con principios lógicos que son comunes a todas las investigaciones controladas para dar apoyo a su atribución de estados subjetivos a esos agentes humanos” (Nagel, 1991:437).

5. *El sesgo valorativo de la investigación social*. Con frecuencia se afirma que la “neutralidad valorativa” que parece ser tan universal en las ciencias naturales es imposible en la investigación social. Ésta es una grave dificultad para los científicos sociales y se debe al hecho de que los valores sociales tiñen el contenido de sus hallazgos y contro-

lan su evaluación de los elementos de juicio sobre los cuales fundamentan las conclusiones de sus estudios. Los científicos sociales se adhieren a diferentes valores y discrepan entre sí, por lo que no existe “la unanimidad tan común entre los científicos de la naturaleza concerniente a cuáles son los hechos establecidos y las explicaciones satisfactorias de ellos” (Nagel, 1991). De tal modo que puede haber juicios de valor en la selección de los problemas de investigación, la determinación del contenido de las conclusiones, la identificación de los hechos y la evaluación de los elementos de juicio.

Al respecto, Nagel obtiene las siguientes conclusiones que son favorables para el estatus científico de las ciencias sociales:

1. No hay ninguna diferencia entre las ciencias sociales y naturales en el hecho de que los objetos de estudio sean elegidos a partir de los intereses del científico (Nagel, 1991:438-439).
2. No es fácil impedir que nuestros gustos, aversiones, esperanzas y temores influyan en nuestras conclusiones y eso pasa en todos los campos de investigación. Inclusive en las ciencias naturales se han necesitado siglos para desarrollar hábitos y técnicas de investigación para protegerlas contra la intrusión de factores personales, sin poder asegurar que tal protección sea infalible ni completa. Pero el problema es más agudo en las ciencias sociales y plantea dificultades reales para el logro de un conocimiento confiable en ellas. No obstante, se trata de dificultades prácticas y no necesariamente insuperables, ya que los científicos sociales pueden distinguir entre hechos y valores, “por lo cual pueden tomarse medidas para identificar una propensión valorativa cuando aparece y reducir al mínimo, si no eliminar completamente, sus efectos perturbadores”.²
3. Independientemente de cuáles sean sus adhesiones valorativas, un físico teórico y un sociólogo (o politólogo) teórico pueden decidir sobre qué hipótesis estadística, por ejemplo, explica determinado fenómeno; pero “ninguno de ellos puede adherir a valo-

² Citando a Gunnar Myrdal, Nagel recomienda incluso como contramedida que “el científico social abandone la pretensión de estar libre de toda parcialidad y formule, en cambio, sus suposiciones valorativas lo más explícita y completamente que pueda”. El propósito de esta recomendación es que el científico pueda distinguir entre enunciados de hechos y enunciados de valor para estudiar sólo los primeros (Nagel, 1991:441. Véase Myrdal, 1974:59-60).

res *especiales* en juego, asociados a las alternativas entre las cuales debe decidir, aparte de la obligación de conducir sus investigaciones con probidad y responsabilidad, valores que está obligado a aceptar como miembro de una comunidad científica” (Nagel, 1991:448-449).

La cuestión de cómo influye la subjetividad del investigador de la política empírica en la formulación de sus objetos de estudio y, por supuesto, en las conclusiones a las que llega en sus investigaciones fue abordada por los teóricos de la Escuela de Frankfurt, quienes emprendieron en el último cuarto del siglo XX una imprescindible revisión epistemológica y metodológica de las teorías heredadas por Hegel, Marx y Freud ante los nuevos procesos económicos, sociopolíticos y culturales producidos en las sociedades capitalistas posindustriales. En esta revisión, la obra de Max Weber fue una referencia básica porque aportó una concepción comprensiva (*Verstehen*) del significado de la acción social; allí los valores forman parte determinante para entender no sólo los fenómenos sociopolíticos sino también los correspondientes a la cultura y la ideología.³

Las diferencias entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias sociales parten, fundamentalmente, de los distintos objetos que estudian y de la relación que se establece entre ellos y el sujeto investigador. Según Jürgen Habermas, en la medida en que el ámbito de los objetos de las ciencias sociales comprende todo el “mundo social de la vida”, el científico social tiene acceso a ellos de la misma manera que quienes no se dedican a estudiarlos (los legos en ciencias sociales) puesto que en *cierto modo* debe pertenecer al mundo social de la vida cuyos ingredientes trata de describir. Como debe entenderlos para poderlos describir, para entenderlos debe poder participar en su generación, lo cual presupone pertenencia. En esto reside para Habermas la problemática de la comprensión (*Verstehen*) (Habermas, 2000:459-460).

³ En la obra de Weber resulta clara su propuesta de que las ciencias sociales pueden constituir un “puente” entre las ciencias nomológicas (encargadas del estudio de la naturaleza y construidas con leyes de regularidad empírica) y las ciencias ideográficas (que estudian la historia y la cultura y donde es difícil que haya leyes constatables, porque se trata de acontecimientos únicos que no pueden repetirse) a través de la construcción de “tipos ideales” que sirvan para clasificar las regularidades de los procesos históricos (Weber, 1983: 5-18). Véase también <http://www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/E/f_2generacion.htm>.

Los objetos de las ciencias sociales están en un ámbito que ya está constituido precientíficamente. En la ciencia política, por ejemplo, el poder, los gobernantes, los gobernados, el conflicto y muchos otros objetos que debe estudiar esta disciplina existen en la vida política real y son percibidos por muchas personas que se refieren a ellos con un lenguaje cotidiano; los comprenden de determinada manera. En todo caso, señala Habermas, al deslindar conceptualmente el ámbito de sus objetos, el científico social debe tener en cuenta que está tratando de distinguir una clase de objetos posibles que por su parte ya reflejan una estructura conceptual, “a saber: la estructura de ese saber preteórico con cuya ayuda los sujetos capaces de lenguaje y acción pueden generar tales objetos” (Habermas, 2000:459). Ya hay *una realidad simbólicamente estructurada* con la que se topa el científico social al constituir su ámbito de objetos (Habermas, 2000). Por ello es que el problema de la comprensión (*Verstehen*) “sólo pudo alcanzar tan gran importancia metodológica en las ciencias del espíritu y en las ciencias sociales porque a una realidad simbólicamente preestructurada no es posible acceder sólo por la vía de la observación y porque la comprensión de un participante no es tan fácil de controlar metodológicamente como la percepción de un observador” (Habermas, 2000:459-460).

A partir de los planteamientos fenomenológicos, lingüísticos y hermenéuticos de Husserl-Schütz, Wittgenstein-Winch, Heidegger-Gadamer, Jürgen Habermas insistió en reclamar un puesto especial para las ciencias sociales frente a las ciencias de la naturaleza debido al papel metodológico que juega en ellas la experiencia comunicativa. De acuerdo con este autor, en la discusión había quedado claro que tras la contraposición habitual entre ciencias de la naturaleza y ciencias sociales subyacía un concepto de ciencias de la naturaleza y, en general, de ciencia empírico-analítica, que habría quedado superado. En este sentido, se concluyó que la formación de la teoría en las ciencias de la naturaleza depende de interpretaciones que pueden analizarse conforme al modelo hermenéutico del *Verstehen*, al igual que en las ciencias sociales;⁴ así, no parecía justificado atribuir un puesto espe-

⁴ El término “hermenéutica” deriva del griego *hermenéuein*, que significa expresar o enunciar un pensamiento, descifrar e interpretar un mensaje o un texto. Etimológicamente, el concepto de hermenéutica se remonta y entronca con la simbología que rodea a la figura del dios griego Hermes, el hijo de Zeus que tenía como tarea mediar entre los

cial a las ciencias sociales bajo esta problemática. Pero a las ciencias sociales se les plantea una *doble* tarea hermenéutica porque “en las ciencias sociales se da ya una problemática de la comprensión por debajo del nivel de la formación de la teoría propiamente dicha, a saber: en la obtención y no sólo en la descripción teórica de los datos” (Habermas, 2000:462). A la luz de conceptos teóricos y con la ayuda de operaciones de medida, la experiencia cotidiana puede *transformarse* en datos científicos, pero está ya simbólicamente estructurada y es inaccesible a la simple observación.

Si la dependencia de la descripción teórica de los datos respecto de paradigmas exige una etapa 1 de interpretación, que pone a todas las ciencias ante tareas estructuralmente *similares*, entonces para las ciencias sociales puede demostrarse la inevitabilidad de una etapa 0 de interpretación, en la que la relación entre lenguaje observacional y lenguaje teórico plantea un problema *más* (Habermas, 2000).

De este modo, en lo que a método se refiere, la “doble hermenéutica” es el fundamento para requerir un puesto especial de las ciencias sociales, pues la problemática de la comprensión no se plantea en ellas sólo en el plano metateórico como ocurre en las ciencias de la naturaleza, donde los enunciados teóricos “se refieren a un mundo en que no nos topamos con oraciones emitidas (o con estados de cosas lingüísticamente constituidos)” (Habermas, 2000:463-464).

El objeto de estudio de la ciencia política

Las ciencias sociales abarcan diversos objetos de estudio que son compartidos por la ciencia política, pero existen algunos que hacen de ésta una disciplina claramente diferenciada. Para contestar la pregunta acerca de cuáles son los objetos propios de la ciencia política, aquellos

dioses o entre éstos y los hombres. Dios de la elocuencia, protector de los viajeros y del comercio, Hermes no sólo era el mensajero de Zeus sino que también se encargaba de transmitir a los hombres los mensajes y órdenes divinas para que éstas fueran tanto comprendidas, como convenientemente acatadas. El hermeneuta es, por lo tanto, aquel que se dedica a *interpretar* y *desvelar* el sentido de los mensajes, haciendo que su comprensión sea posible y todo malentendido evitado (<http://www.cibernous.com/autores/hermeneutica/index.html>).

que justifican su organización como una disciplina autónoma, Maurice Duverger planteaba hace medio siglo que las definiciones de la ciencia política tenían un punto en común: todas giraban alrededor de la noción de “poder”. Según Duverger, en la base del fenómeno del poder encontramos la distinción entre los “gobernados” y los “gobernantes”, pues en todo grupo social se encuentran de un lado los que dan las órdenes, los que mandan, los que dirigen, y en otro los que obedecen, los que siguen a los dirigentes. En esta concepción, *poder* designa a la vez el grupo de los gobernantes y la función que ejercen; de esta manera, la ciencia política sería la ciencia de los gobernantes que se dedica al estudio del origen, estructura, prerrogativas y extensión de su poder, y también de los fundamentos de la obediencia de los gobernados (Duverger, 1988:519).

Sin embargo, Duverger apuntaba que en la teoría democrática no debiera existir la separación entre gobernantes y gobernados, ya que todo el mundo puede jugar el papel de unos u otros, pues en los regímenes democráticos los gobernantes son elegidos por los gobernados y tal es el origen de su autoridad. Por otra parte, en los Estados modernos el grupo de los gobernantes es tan numeroso y complejo que la evolución general del poder tiende a la “institucionalización”, por la cual se obedece cada vez más a la función que a su titular, con lo que el poder en cierto modo se desencarna. Pero Duverger señala que en la práctica no se ha visto todavía un poder totalmente institucionalizado: “siempre hay hombres detrás de las instituciones” (Duverger, 1988:520). Para este autor, el objeto de la ciencia política “no presenta grandes dificultades: ciencia de la autoridad, de los gobernantes, del poder”. Su concepción descansa en una noción sociológica del Estado, según la cual “todas las comunidades humanas tienen gobernantes (organización política) que disponen de un sistema de sanciones y de una cierta fuerza material, pero en el Estado la organización política y las sanciones están más perfeccionadas y la fuerza material es mayor” (Duverger, 1988:530-531).

Por esos años surgió también la propuesta teórica generalmente más aceptada sobre el objeto de estudio de la ciencia política. Se trata de la realidad formada por el conjunto de interacciones orientadas predominantemente hacia la asignación autoritaria de valores para una sociedad (Easton, 1996:79). Pero si la investigación política se limitara a estudiar cómo se establecen asignaciones autoritarias prescin-

diendo de su contenido, tendería redes de trama tan amplia que cogería en ellas numerosas conductas no consideradas por lo común como estrictamente políticas; por ello es que este esquema teórico precisa que hay un sistema político societario que regula las diferencias con poderes que suelen ser más amplios y corresponden a su mayor amplitud de responsabilidades. Al inicio del siglo XXI, el Estado es todavía esa especie de sistema político societario; en él se legitima el uso de la fuerza y está exclusivamente en manos de quienes actúan en nombre de toda la sociedad (Easton, 1996:84-85). Así, el sistema político es definido como el conjunto de pautas de interacción por medio de las cuales se asignan valores en una sociedad y son aceptadas como autoritarias (o autorizadas) las más de las veces por sus integrantes; tal sistema tiene como variables esenciales la adjudicación de valores (o conducta relacionada con la capacidad de tomar decisiones) y el logro de su aceptación.⁵

El planteamiento implícito de David Easton fue que la política no podía expresarse sólo como poder, debido a que entonces se hacía necesario distinguir entre las diferentes formas que asume éste y, por lo tanto, la definición del atributo “político” de aquella forma debería ser el centro de interés de los científicos de la política; por otra parte, tampoco podía buscarse sólo en el análisis del Estado (Pasquino, 1994: 19). El concepto de poder parecía abarcar mucho cuando no se refería a lo específicamente político, pero también demasiado poco porque política no es sólo conflicto, sino que también es multiplicidad de formas de colaboración, de coalición, de consenso. Por lo que se refiere al Estado, representa una forma transitoria de organización política porque esta actividad ha existido mucho antes del nacimiento de la forma estatal y existirá cuando ésta sea sustituida por otras formas de organización política; “naturalmente, hay política también en niveles inferiores del Estado y en las relaciones entre Estados” (Pasquino, 1994).

Con el esquema teórico de Easton se hizo la propuesta metodológica de un análisis sistémico de la política, y en la búsqueda de los elementos que hicieran posible su estudio dentro de los cánones de la ciencia, se impuso la visión del conductismo en la investigación de este campo. En esta visión, los objetivos de la ciencia política eran claros:

⁵ Puntualmente, estas variables son: “Adopción y ejecución de decisiones relativas a la sociedad” y “Frecuencia relativa de aceptación como autoritarias u obligatorias por parte del grueso de la sociedad” (Easton, 1996:138-139).

1) descubrir las regularidades en las diferentes conductas políticas para hacer generalizaciones; 2) someter las conductas políticas a verificación; 3) elaborar técnicas muy rigurosas para recolectar información; 4) cuantificar, medir los fenómenos en un afán de precisión; 5) separar los valores de los hechos; 6) sistematizar los conocimientos adquiridos con la interconexión entre teoría e investigación; 7) mirar a la ciencia pura, y 8) dirigirse hacia la integración de las ciencias sociales (Pasquino, 1994:20).

Y aunque otros politólogos relevantes como Gabriel Almond y Bingham Powell hicieron una crítica de las investigaciones producidas por el impacto del conductismo —en especial en Estados Unidos— a causa de que tenían graves defectos como su carácter eurocéntrico, descriptivo y excesivamente formalista, este enfoque teórico-metodológico predomina actualmente en la ciencia política (Pasquino, 1994:21).

La preeminencia de un punto de vista monista en cuanto al método de la ciencia —es decir, la consideración de que hay un solo método de investigación, independientemente de la rama científica de que se trate— ha impuesto requisitos que ignoran la diferencia entre el mundo de los objetos de la realidad natural y física, de un lado, y el mundo de la realidad sociohistórica, de otro. Este modelo de ciencia impone rígidos cánones a los científicos sociales y les marcan condiciones para reclamar el estatuto de ciencia a sus respectivas disciplinas (Valdés, 1999:71-84). En la ciencia política esto ha llevado a que la mayoría de los investigadores se vean impelidos a adoptar un método que muy difícilmente pueden seguir con rigor y en muchas ocasiones los hace sentirse inferiores respecto a los practicantes de las ciencias naturales y exactas.⁶

Bases del conocimiento científico sobre la política

La investigación es la base de cualquier análisis científico. Esta afirmación es muy importante en el caso de las ciencias sociales y de la

⁶ El sentimiento de inferioridad que podrían sentir los científicos sociales respecto a quienes estudian la naturaleza es muy relativo y contradictorio, porque en realidad, en la herencia espiritual del clasicismo alemán, “desarrollaron más bien una orgullosa conciencia de ser los verdaderos administradores del humanismo” (Gadamer, 1977:37. Citado en Valdés, 1999:74).

ciencia política en particular, porque no hay muchas personas que intenten análisis sobre fenómenos físicos, químicos o biológicos cuando no son especialistas en las ramas científicas que los estudian, pero muchas se proponen hacerlo –y de hecho lo hacen– cuando se trata de fenómenos sociales referidos a la problemática del poder. Innumerales personas analizan la política dentro y fuera de las instituciones especializadas para hacerlo, y por ello es conveniente señalar qué es el conocimiento ordinario y qué es el conocimiento científico con el fin de entender las diferencias entre ambos.

Cuando el conocimiento ordinario tiene “sano sentido común”, comparte con el conocimiento científico la aspiración a la *racionalidad* y la *objetividad*; es decir, ambos utilizan la crítica y aspiran a la coherencia, e intentan adaptarse a los hechos en vez de permitirse especulaciones sin control. También los dos tienen en común el *naturalismo*, esto es, no aceptan la existencia de entidades ni modos de conocimiento no naturales (como podrían ser los fantasmas, en el primer caso, o la inspiración divina, en el segundo) (Bunge, 1983:20-21). Pero la ciencia difiere del conocimiento ordinario porque trata, principalmente, de hechos que no se pueden observar de inmediato –y que la mayor parte de las veces ni siquiera se sospecha de su existencia– y porque inventa y arriesga conjeturas basadas en teorías que trascienden al conocimiento común. Sobre todo, la diferencia radica en que somete esas conjeturas a contrastación con la experiencia a través de técnicas especiales. De esta manera, la ciencia consigue “la sistematización coherente de enunciados fundados y contrastables” mediante las teorías –núcleo básico de la ciencia–, en tanto que el conocimiento común acumula piezas de información laxamente vinculadas (Bunge, 1983:20).

Por lo demás, el estudio científico de la política debe distinguir con claridad entre conocer y creer, que son dos actividades diferentes del pensamiento humano. Entre conocer y creer existe una diferencia que no es de grado, ya que aunque la creencia sea muy fuerte eso no la convierte en conocimiento, y tampoco es que una de esas dos clases de pensamiento sea mejor que la otra; por ejemplo, aunque el conocimiento tiene mucho prestigio, las creencias pueden mover multitudes y el conocimiento no (Lakatos, 1982). Por otra parte, las creencias no deben ser probadas debido a que pueden ser ciertas o falsas, y al que cree no le interesa ese punto; por el contrario, los conocimientos,

a pesar de que se obtienen trabajosamente, a lo más que pueden aspirar es a ser *no falsos*, pero jamás a ser indudablemente *verdaderos* porque quienes se dedican a la actividad científica rara vez concluyen sus investigaciones con afirmaciones categóricas.⁷ En general, los mejores trabajos científicos terminan haciendo más preguntas que cuando se iniciaron, ya que la apertura a nuevos conocimientos implica una ardua labor de crítica y los dogmas no son útiles ya que la impiden.

Así pues, siempre que se investiga es para saber algo, para conocer algo. Pero saber y conocer son verbos que tienen significados distintos. Aunque en el uso ordinario haya otras definiciones del término “saber”, la tradicional que se remonta a Platón se refiere a una proposición que puede ser verdadera o falsa, como cuando decimos “sé que la Tierra es redonda” o “sé que el candidato del partido X ganó”. En este sentido del término, “saber” implica estar seguros de algo y quiere decir que se tiene una creencia verdadera y justificada acerca de eso.⁸

Conocer, sin embargo, es algo muy diferente. Puede ser que una persona sepa mucho acerca de París porque ha leído abundantemente o ha visto documentales y películas sobre esa ciudad, o alguien que ha vivido allá le ha contado un sinnúmero de cosas; no obstante, nadie puede decir que conoce París si no ha estado allí, pues para conocer algo es preciso haber tenido una experiencia personal y directa. Esta experiencia directa implicada en conocer debe entenderse en un sentido amplio “que abarque la aprehensión sin intermediarios de toda clase de objetos presentes, tanto físicos como psíquicos o culturales” (Villoro, 1991:198-199). Por el contrario, saber no implica tener una

⁷ Véase Prichard, 1980:96-127.

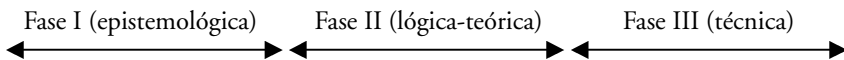
⁸ Incluso en su forma proposicional, el término saber puede tener otros significados: *a*) cuando no implica necesariamente creencia y es usado para decir de forma vaga que estamos enterados de algo, que estamos al tanto de un acontecimiento sin que medie creencia alguna (“sé lo que pasó”); *b*) cuando saber significa “darse cuenta” o “prestar atención” y es usado para distinguir un acto consciente de uno inconsciente (“no sabes lo que dices”); *c*) también puede tener el significado de “captar” o “tener la impresión” de algo (“supe que me quería”). En todos estos usos de la palabra saber, el significado se relaciona con la aprehensión de algo y no implica necesariamente creencia ni justificación, ya que darse por enterado de algo o percatarse de ello no compromete a que creamos ni tengamos que justificarlo. Así que el significado de saber que interesa aquí es el de tener una creencia verdadera y justificada, porque es “el concepto epistémico aplicable a todo conocimiento justificado en razones, desde el saber del sentido común hasta el científico” (Villoro, 1991:126-129).

experiencia directa y por eso no es extraño que se puedan saber muchas cosas de un objeto sin conocerlo.

De este modo, podemos distinguir un elemento imprescindible del análisis político: tiene que estar fundado en el conocimiento científico y no en creencias, intuiciones, presentimientos ni ninguna otra cosa de ese tipo. Ahora bien, el conocimiento necesario para el estudio académico y riguroso de la política es el producto de un proceso de trabajo conocido como investigación científica. Sin este proceso, no puede hablarse de un análisis político válido desde el punto de vista científico.

De manera muy esquemática puede señalarse que el proceso de la investigación, esto es, el conjunto de sus procedimientos metodológicos, abarca tres fases principales: I) construcción del objeto de estudio o fase epistemológica; II) elaboración del proyecto de investigación o fase teórico-lógica, y III) recolección de datos o fase técnica (diagrama 1).

DIAGRAMA 1



Si bien las tres fases requieren de gran esfuerzo, la primera es vital para el futuro de la investigación, ya que en ella se identifica qué es lo que se va a investigar, esto es, se define el objeto de estudio. Pero en esa fase también se plantean los problemas de la relación de conocimiento que se establece necesariamente entre el sujeto que investiga y el objeto que va a ser investigado. A pesar de su importancia, esta fase es la menos abordada por quienes estudian el proceso de la investigación, tal vez debido a que entraña problemas epistemológicos que muchos piensan alejados del interés propiamente metodológico.⁹

⁹ En la ciencia política, Stefano Bartolini es uno de los pocos que se refiere a los tres significados de la expresión “metodología” donde se considera la fase epistemológica: 1) cuando “incluye en su esfera de competencia el estudio del fundamento filosófico del conocimiento de tipo científico, la teoría o filosofía del método científico, o sea su interpretación, evaluación y justificación en referencia a otros métodos y otras consideraciones”; 2) cuando se entiende como “el estudio de técnicas específicas de investigación y su lógica, de los instrumentos y las operaciones necesarios para crear tales técnicas y para

Los problemas epistemológicos de la investigación, es decir, aquellos referidos a los fundamentos filosóficos y a la teoría del conocimiento, son enfrentados por todos los científicos desde el mismo momento en que eligen un tema de estudio. Esto significa que la relación sujeto-objeto recorre todas las fases de la investigación, empero, es fundamental en aquella en que el investigador “mira” la realidad que va a investigar. Por lo general, se dice que la realidad que rodea al sujeto que investiga –lo que existe en el mundo de los fenómenos empíricos– es “recortada” por él para separar aquellos que son de su interés científico. Esos fenómenos son los que se constituyen en el objeto de estudio de la ciencia política que, como ya se señalaba, son el conjunto de interacciones orientadas predominantemente hacia la asignación autoritaria de valores para una sociedad.

La realidad política y la relación sujeto-objeto

Uno de los procesos más complicados a los que se enfrenta el estudio de la política es aquél en que debe definir su objeto de estudio en medio de una realidad que aparece caóticamente ante sus ojos. En mucho mayor medida que en las ciencias naturales, en las ciencias sociales el propio concepto de realidad debe ser sometido a examen, porque en ellas –y particularmente en la ciencia política– el sujeto que investiga puede equivocarse al apreciar la realidad que lo rodea; en esta cuestión el politólogo queda en franca desventaja frente al político ya que este último tiene una noción más exacta de la realidad sobre la que actúa.¹⁰ Por esta razón es que, más que en ninguna otra discipli-

interpretar sus resultados”, y 3) cuando incluye “aquellos procedimientos lógicos que se refieren a la formulación de los problemas de investigación, la formación y el tratamiento de los conceptos, la elección de los casos y las variables, los procedimientos de control de los resultados”. Según él, esta última acepción es la más difícil de definir “por su ubicación intermedia entre la filosofía del método y la lógica de las técnicas [...] tanto porque en el intento de indicar su contenido específico nos vemos remitidos continuamente hacia arriba, hacia el nivel y la acepción epistemológica, o hacia abajo, hacia las aplicaciones instrumentales”. Es evidente que en este trabajo se aborda principalmente la acepción epistemológica, esto es, la primera señalada por Bartolini (Bartolini, 1994:39).

¹⁰ Gurvitch opone conscientemente el término “conocimiento político” a toda ciencia, dando a entender que este conocimiento es propio de los que se dedican a la actividad política; para él, “se trata de un conocimiento espontáneo o reflexivo, *exterior a toda*

na social, el estudioso de la política debe estar informado. Es un imperativo para los politólogos leer la prensa diaria y estar al tanto de las noticias por todos los medios que le sean posible; para el estudioso de la política esto es parte de su trabajo cotidiano, porque de otra forma pierde contacto con la realidad que debe investigar. Y no es un trabajo sencillo: requiere de tiempo, concentración y, sobre todo, pasión. Si algún estudiante de ciencia política no muestra interés por lo que está pasando en la política (nacional e internacional, enfatizando más en alguno de esos campos según sea la especialidad de sus estudios), definitivamente tiene que abandonar esta profesión, porque aquí es fundamental que esa actividad sea atractiva e interesante para quien la estudia, ya que eso le sirve de impulso para que busque todos los días información acerca de ella.

Eso es un primer paso, pero después sigue uno más difícil. Ante la realidad caótica que se le presenta, el estudioso de la política plantea un tema inicial que puede ser elegido por muchas razones, todas ellas válidas si su finalidad es llegar a la verdad, objetivo principal de la ciencia.¹¹ En este asunto, la “neutralidad valorativa” (la distancia entre el objeto y el sujeto de la investigación que exige la concepción monista de la ciencia) parecería que es imposible en la ciencia política porque la subjetividad del investigador muchas veces no está teñida de un genuino *interés* científico sino político; no obstante, ese rasgo puede convertirse en positivo debido a que el interés político puede ser un valioso motor de la investigación en este campo porque –si es controlado el sesgo ideológico– incentivará la imaginación que es necesaria en el trabajo del politólogo.

Aunque interés e imaginación son vitales en la fase epistemológica de la investigación, sin los cuales se haría mucho más pesado este trabajo intelectual, deben controlarse para que no impliquen un sesgo

ciencia y que se elabora directamente en una lucha social en que las apuestas son variadas. Es un *conocimiento partidario por excelencia*, en el que los militantes y los conductores (‘los hombres políticos’) son infinitamente más fuertes que los sabios, nutridos de ‘ciencias políticas’ y hasta de ‘sociología política’”. Las cursivas son suyas (Gurvitch, 1969:41).

¹¹ Según Popper, hay tres doctrinas que integran la filosofía galileana de la ciencia. Con la doctrina que está indiscutiblemente de acuerdo es con la que señala que el científico aspira a hallar una teoría o descripción verdadera del mundo que sea también una explicación de los hechos observables (Popper, 1982:137).

ideológico que oscurezca a la verdad. Porque, finalmente, la verdad hallada por la ciencia –provisional y puesta continuamente a prueba– sirve a todos: en un proceso electoral, por ejemplo, los dirigentes de los partidos podrían tomar decisiones equivocadas si no evalúan objetivamente el impacto de sus campañas entre los ciudadanos a causa de un análisis falso de la realidad producido por una encuesta mal diseñada. La realidad debe ser aprehendida con toda objetividad, esto es, independientemente de los deseos, intereses e ideología de los analistas políticos.

El sesgo ideológico debe controlarse en la investigación empírica sobre la política. Ya sea que se entienda a la ideología en su sentido estricto como conciencia falsa o invertida de la realidad, o como conjunto de ideas que forman parte de la superestructura social (Villoro, s/f), en la ciencia política es un requisito fundamental que el sujeto que investiga realice un esfuerzo premeditado para que la ideología no se convierta en un obstáculo en el análisis de la realidad que le corresponde estudiar.

Como se indicó antes, para los estudiosos de las ciencias naturales y exactas es mucho más fácil ubicar la realidad que van a investigar respecto de lo que sucede con los científicos sociales ya que éstos, como sujetos investigadores, forman parte de ella. En política, el sujeto y el objeto de investigación están inmersos en la misma realidad, y por eso es mucho más complicado el proceso mediante el cual se define el objeto, porque los riesgos de caer en la subjetividad son más grandes. Las dificultades de la ciencia destinada a estudiar la política son, por lo menos, del mismo tamaño que las encaradas por quienes investigan los fenómenos físicos, por ejemplo. Pero además, la importancia de la ciencia política es enorme: los físicos inventaron las armas nucleares que atemorizan a la humanidad, pero la ciencia política estudia la actividad de quienes tienen la capacidad (y la autoridad) para decidir su financiamiento, finalidad y uso.¹²

¹² La política es tan importante que marca el rumbo de nuestras vidas. Un ejemplo: a fines de los años treinta del siglo pasado, la política demográfica gubernamental señalaba a los mexicanos: “Haz patria; ten muchos hijos”; en los setenta la política cambió y entonces la propaganda advertía que “La familia pequeña vive mejor”. En el nivel individual, la diferencia entre tener uno, dos o más hijos mide la importancia de la política en la vida cotidiana.

Consideraciones sobre la fase epistemológica de la investigación

Debido a la imposibilidad de que el investigador se despoje de su ideología y a partir del supuesto —especialmente en el campo específico de la ciencia política— de que es difícil que exista la pretendida “neutralidad valorativa” que proponen los filósofos positivistas, una alternativa es considerar todos los campos problemáticos posibles contenidos dentro del tema inicial de la investigación, que incluirán por fuerza los sesgos ideológicos y el bagaje teórico del investigador, lo que significa articular los diferentes niveles de la realidad que contiene el tema con el fin de definir el objeto de estudio (Zemelman, 1987a: 8-9).

El tema inicial de investigación. Cuando comienza el proceso de la investigación, lo primero que se intenta tener claro es lo que se conoce como “el tema de investigación”. Por lo común, éste se expresa en un enunciado que se refiere al centro de interés del investigador y refleja muchos aspectos de su personalidad y formación académica; está conectado, desde luego, con el ámbito de la disciplina en la que es más diestro, o con la que está más identificado, o aquella por la que siente una inclinación particular. Lo primordial, sin embargo, es que se inscribe —o debe inscribirse— en un campo específico del conocimiento, ya que quien investiga busca que sus resultados obtengan un reconocimiento formal. La existencia de investigadores solitarios e independientes como los retrató la literatura del siglo XIX es cada vez menos probable por muchas razones, y una de ellas es que el trabajo de investigación es tan arduo que sólo se dedican a él quienes lo requieren para calificarse con el fin de convertirlo en una ocupación como cualquier otra, o quienes ya la ejercen.

Acerca del tema de investigación, son dos casos diametralmente diferentes según se trate de quienes trabajan como investigadores o de quienes realizan una investigación para obtener una calificación, como es el caso de los estudiantes que deben elaborar la tesis para graduarse. En el caso de los investigadores profesionales y a pesar de que son contratados por el dominio que han demostrado tener de un tema general, deben abocarse a temas específicos que les son impuestos por las necesidades de quienes pagan este trabajo tan especializado; esto sucede ya sea que laboren en centros de investigación privados o en públi-

cos, aunque estos últimos gozan de mayor libertad de iniciativa al respecto. Pero tal libertad en la elección del tema que deben desarrollar es mucho mayor entre quienes requieren la investigación como la última etapa de formación para graduarse de una carrera profesional o para alcanzar un nivel académico más alto.¹³ Para ellos, por consiguiente, la elección del tema plantea un primer y muy significativo problema que abarcará —y marcará— al conjunto de fases del proceso de la investigación desde lo epistemológico hasta lo técnico.

¿Por qué nos interesa un tema? Puede ser por un sinnúmero de motivos, pero esta parte del proceso de la investigación es donde queda claro el papel fundamental del sujeto que realiza esta actividad y donde plasma su personalidad, intereses, valores y formación; es decir, su subjetividad. Así que, en ese sentido, todo tema —y el proceso de investigación completo— tiene *motivaciones personales* y se debe reconocer que éste es el motor que guía los nuevos descubrimientos en todas las disciplinas científicas; en esta línea de reflexión, puede concluirse que en última instancia los investigadores deciden lo que debe ser conocido, lo que explicaría el poder y prestigio de esta actividad.

No obstante, las motivaciones personales pueden tener diferencias notables. En la ciencia política, aunque tal vez haya que hacerlo extensivo a todas las ciencias, existen *motivaciones prácticas* relacionadas con el lucimiento y el prestigio derivados del poder que da el conocimiento; no puede eludirse este aspecto aunque se trate de un enfoque casi estrictamente psicológico y que no se puede abordar aquí, lo mismo que pasa con aquellas motivaciones que guían a quienes se interesan en indagar información valiosa para comerciar con ella. Pero también es posible reconocer este tipo de motivaciones prácticas entre quienes se interesan por un tema, debido a que tienen contacto directo y experiencia en alguna organización (sindicato, empresa o institución política) de la que se quiere investigar algún tema precisamente por estar inmersos en ella, y por la posibilidad de influir de algún modo; asimismo, puede ser también debido a la más simple idea de que les será más fácil obtener información sobre una organización que ya conocen.

Un tipo de motivación distinta puede ser la actualidad de un tema.

¹³ Aunque algunas veces se harán algunas referencias aisladas a los problemas y prácticas de los investigadores profesionales, este trabajo está dedicado principalmente a los estudiantes que realizan estudios superiores y de posgrado.

En todas las ramas de la ciencia hay etapas en que se inicia el interés colectivo hacia un determinado tema por razones vinculadas con la necesidad de resolver un problema común, con que se descubrieron vetas de conocimiento por explorar, o porque se destinan mayores recursos económicos para financiar ese campo, o se requieren especialistas para cubrir necesidades de expansión de infraestructura en investigación. En pocas palabras, son *temas que están de moda* y por ello muchos estudiantes se interesan en estudiarlos, ya que resultan muy atractivos a pesar de que si se abordan se corre el riesgo de la saturación de investigaciones enfocadas hacia lo mismo y por ello no hacer aportes significativos.

Finalmente están las motivaciones que surgen de *la curiosidad científica*, aquellas que brotan de un genuino interés por conocer la realidad sin más interés que buscar las explicaciones de los fenómenos que nos rodean. Si bien ocurre que algunos estudiantes jóvenes y brillantes tienen este tipo de motivaciones, lo más frecuente es que sean pocos precisamente porque se requiere de madurez intelectual para poder asumirlas. Debe señalarse, sin embargo, que esto no hace a las investigaciones surgidas de la curiosidad científica más trascendentes y valiosas que las que obedecen a motivaciones prácticas o las que están de moda; tampoco las hace más cómodas, sencillas o fáciles, ni necesariamente lo contrario. Todo tema puede entrañar riesgos cuando se investiga: desde el peligro de morir por saber el efecto de una vacuna como sucedió con Pasteur, hasta sufrir un accidente a la hora del trabajo de campo en una zona inhóspita, ya sea geográfica o socialmente, como le pasa a quien investiga fenómenos políticos.

No hay nada ilegítimo en tener motivaciones personales y, al contrario, lo menos deseable es encontrar a un estudiante de licenciatura o posgrado sin ninguna motivación. La investigación es un trabajo que tiene momentos difíciles que no podrán enfrentarse con éxito a menos que se tenga una gran reserva de interés e incluso de pasión por el tema. Los estudiantes que son guiados por motivaciones muy fuertes, del tipo que sean, podrán elaborar y realizar sus proyectos y aprenderán mucho en el proceso de su investigación; si son estudiosos, constantes y trabajadores, muchos de ellos vivirán profesionalmente de lo que aprendieron cuando redactaron su tesis. Sin embargo, sí es importante saber que si bien la mayoría de las veces son un gran aliciente para la investigación, las motivaciones personales pue-

den constituirse en un obstáculo para la objetividad que debe regir todo afán de conocimiento.

Identificación de los campos problemáticos. A pesar de que la elección del tema inicial ya es un problema porque significa un “recorte” de la realidad, inmediatamente después se presentan problemas mayores. El primero, que éste es sólo un enunciado: ya sea que se trate de “La integración y funcionamiento del Congreso de la Unión”, “Las perspectivas del federalismo mexicano a fines del siglo XX”, “La primera elección de jefe de Gobierno en el Distrito Federal” o el que sea, el tema inicial todavía no es un problema de investigación; aún no cuestiona nada a la realidad que se quiere investigar. Si un investigador pretende que su tema es en sí mismo un problema, está en un grave error que pagará caro.

En realidad, un tema contiene muchos problemas de investigación y la labor del estudioso es, en primer lugar, identificar cuáles son. Si el tema inicial es, por ejemplo, “La primera elección de jefe de Gobierno en el Distrito Federal”, éste es solamente un enunciado al que hay que cuestionar —es decir, plantearle preguntas— para encontrar los diferentes campos problemáticos que contiene. Como suele ocurrir, el investigador tiene un bagaje teórico que muchas veces puede prejuzgarlo y entonces, más que preguntas, formulará respuestas: tendrá hipótesis o respuestas anticipadas que expliquen por qué votaron los ciudadanos en uno u otro sentido, por qué surgió un grupo político, qué hizo que la imagen de un candidato fuera de determinada manera, etcétera. Con ello, con una explicación general ya planteada para resolver determinada problemática, el investigador cierra la posibilidad de enriquecer la teoría puesto que no formula un problema de investigación novedoso, que es básico para crear conocimiento. Ahora bien, en esta fase la función de la teoría es asumida como un campo posible en la relación con la realidad, por lo que, en este enfoque epistemológico, la esencia de la cuestión

está en pensar los conceptos, ante todo, como organizadores de relación con la realidad; y luego, una vez delimitada la realidad como campo de objetos posibles, proceder a destacar las opciones de explicaciones teóricas. La teoría reviste, de este modo, un carácter abierto al estar determinada por la configuración problemática que puede trascenderla (Zemelman, 1987b:66-72).

Cuando se formulan hipótesis inmediatamente después de proponer un tema de investigación (sin haber planteado *el problema*), lo que hay en el fondo son varios supuestos epistemológicos: *a*) que se concibe a la realidad estática y no mutable ya que podemos explicarla sin haberla cuestionado o problematizado; *b*) también se concibe a la teoría como inmutable porque sirve para explicar distintos fenómenos sin plantearle problemas nuevos, de tal suerte que siempre es la misma: es ya una verdad última, esto es, un dogma, y *c*) que el sujeto que investiga se sitúa de hecho separado de su objeto de estudio a causa de que no problematiza ni la realidad ni la teoría; queda fuera de la realidad, ya que no se ubica en ella (con sus intereses, valores y teorías propias) y la intenta explicar con teorías no cuestionadas por planteamientos problemáticos novedosos, y en este sentido petrificadas.

Al no cuestionarse la relación entre teoría y realidad, se encontrará a sujetos investigadores que explican teóricamente los fenómenos empíricos sin haber siquiera investigado; ya tienen las respuestas. Las consecuencias son catastróficas para la ciencia porque entonces se acaba el fin de la investigación: no tiene caso investigar nada si ya se saben las respuestas de antemano. En cambio, si la realidad política se concibe como mutable o cambiante (como es efectivamente), si se asume que el investigador o sujeto de la investigación forma parte de esa realidad (con toda la carga teórica e ideológica que ello supone), si se entiende, finalmente, que el sujeto y el objeto están igualmente involucrados en la realidad política y que la teoría no es un dogma sin movimiento, entonces se puede “explotar el tema inicial”.¹⁴

La explosión del tema inicial no es una tarea sencilla. Para empezar, necesita de la discusión con colegas que compartan el interés por él para que ayuden en la identificación de aspectos de la realidad que el investigador –por cualquier motivo: desinterés, ignorancia, miopía o cualquier otro– no haya considerado.¹⁵ Ésta es la manera más efectiva

¹⁴ Todo este apartado corresponde a una reflexión surgida de las discusiones del seminario de epistemología con Hugo Zemelman en el doctorado en sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México entre 1987 y 1988.

¹⁵ Hay mil ejemplos, pero quisiera mencionar uno. Entre 1984 y 1986 realicé una investigación sobre la participación de los profesores de primaria del Distrito Federal en la insurgencia magisterial de 1979-1983 y utilicé la técnica de la encuesta para obtener información que me permitiera probar que, además de la exitosa aplicación de los mecanismos de control político, no había podido constituirse un movimiento social por ras-

en que el investigador puede controlar su ideología: si mantiene una mentalidad abierta, tiene que admitir por fuerza la existencia de aspectos de la realidad que no había considerado, o había subestimado, respecto a su tema inicial.

Descubrir los campos problemáticos es una tarea que lleva no poco tiempo. No es fácil plantear un esquema de cómo se realiza, porque en esto no hay recetas; de hecho, los investigadores lo hacen pensando, leyendo, hablando al respecto con quien consideran les puede entender y, a veces, hasta cuando parece que no hacen nada.¹⁶ No obstante, puede ser esquematizado de la siguiente manera:

1. El investigador va descubriendo aspectos de la realidad que se vinculan con su tema inicial, que se relacionan estrechamente con él. En el tema inicial, “Las primera elección de jefe de Gobierno en el Distrito Federal”, pueden mencionarse los aspectos siguientes: “nominación de los candidatos”, “papel jugado por los medios de comunicación”, “importancia nacional de la elección del jefe de Gobierno”, “situación económica de los ciudadanos”, etcétera. Entre más aspectos se consideren, mayor será la amplitud del campo de visión de la realidad que tiene el investigador. No es que vaya a investigar todos (lo cual es imposible a corto plazo), sino que ésta es la forma en que controla los sesgos ideológicos o valorativos de su mirada a la realidad que lo rodea y es un paso imprescindible para construir su objeto de estudio.

gos sociológicos distintivos del magisterio en la capital mexicana. Y aunque en mi encuesta resultó que 75% eran mujeres, a la hora de definir el objeto de estudio no se me ocurrió que esto era un factor digno de por lo menos una reflexión teórica. Es decir, no vislumbré en ello ninguna explicación ni posibilidad de análisis. Desde el enfoque de género, el dato habría sido tan relevante que hubiera merecido un estudio específico que posteriormente, por fortuna, pude realizar.

¹⁶ John M. Ziman señala en un texto interesantísimo que la mayoría de los científicos modernos son empleados por organizaciones, tales como universidades, servicios civiles y empresas industriales, quienes vistos de lejos podrían parecer mucho más burocratizados que otros trabajadores con título universitario; sin embargo, él dice que esta impresión es engañosa: “En cuanto un científico ha dejado atrás su preparación para el doctorado, se le otorga una gran libertad en la elección y sistema de su investigación. Pocas veces se le señalan horas de trabajo; por lo general, pide que se le exima de marcar tarjeta y puede pasar una gran parte del día supuestamente trabajando, pero –al menos en apariencia– sólo conversando, bebiendo café o mirando por la ventana”. Y agrega más adelante: “Desde luego, esto es justamente como debe ser. Nadie que comprenda en lo más mínimo las demandas de la vida intelectual insistirá en que se le ordene según un molde ‘formal’” (Ziman, 1972:162-163).

2. Plantea preguntas a cada aspecto. Puede parecer una tarea fácil, pero no lo es. Las preguntas tendrán que ser formuladas de tal manera que se vaya construyendo un campo problemático de cada aspecto, pero se tratará de preguntas muy concretas que no intenten teorizar deliberadamente al respecto; esto último es prioritario para ubicar de mejor manera los campos problemáticos de la realidad y si se intenta teorizar desde un principio, ésta sólo se empañará. Sin duda, la formación intelectual de los investigadores y sus tendencias e intereses se reflejarán en el tipo de preguntas que plantee, por eso es que luego servirán para definir el objeto de estudio. Por ejemplo, para el aspecto señalado como “nominación de candidatos”, las preguntas a las que se hace referencia podrían ser: ¿cuántos precandidatos había en cada partido político registrado?, ¿cuánto costaron y quiénes financiaron las campañas de los precandidatos al seno de sus partidos?, ¿cuál fue la forma de nominación?, ¿qué conflictos internos provocaron las nominaciones?, ¿cómo registraron los medios de comunicación estos procesos internos de selección de candidatos?, etcétera. Igual que para el caso de los aspectos de la realidad, no es que vayan a investigarse todas las preguntas que se planteen, pero entre más haya, más se ampliará la visión de la realidad del investigador y habrá un mayor control de sesgos ideológicos. Se mencionó que no es una tarea fácil, ya que estas preguntas no deben ser obvias ni de respuesta inmediata, que son las que plantearía tal vez una persona no especialista. Un ejemplo de este tipo de pregunta es ¿quién fue el candidato del Partido de la Revolución Democrática a la jefatura de gobierno?, debido a que la respuesta es obvia para quien está medianamente imbuido en el tema; una pregunta interesante podría ser ¿quiénes eran y cuál es la trayectoria política de los candidatos a la jefatura de gobierno?, la que requiere investigación para poder contestarla.

3. Una vez definidos los campos problemáticos de la realidad, procede la construcción del objeto de estudio que ya involucra, en principio, una toma de posición teórica por parte del investigador. Hasta este momento, el tema se abrió para poder “ver” la realidad más inclusiva que fuera posible, pero ahora hay que cerrarlo. Para ese fin es necesario que el investigador se plantee el *para qué* de su investigación.

El *para qué* tiene un sentido preciso: al mismo tiempo que coadyuva a efectuar un cierre necesario —ya que sería prácticamente imposible estudiar todos los campos problemáticos—, sirve para que los investi-

gadores, al cuestionarse acerca del fin último que persiguen con su investigación, puedan definir con claridad a su objeto de estudio. El *para qué* de una investigación es un criterio de selección de opciones que involucra la subjetividad del investigador en esta fase de construcción del objeto, en la que cuestiona su propia ideología y al mismo tiempo contribuye a un cierre lógico en la problematización general del tema. Después de un momento de apertura a la realidad, el *para qué* concentra los elementos vinculados directamente con su opción, excluyendo a otros pero no sin haberlos considerado. Se busca de esta manera contribuir a la objetividad de la investigación.

Hay que aclarar que este *para qué* no da lugar a la justificación del tema, ya que ésta más bien es resultado de plantearse el porqué de la investigación. De lo que se trata, en primer lugar, es de tener clara la intención final del investigador para posteriormente proponer su objeto teórico a partir de los distintos niveles de la realidad que se han puesto al descubierto. Al dar cuenta de la realidad con la mayor amplitud que se haya podido, el politólogo vuelve a ser el centro de su investigación, ya que él decidirá cuál es el fenómeno que va a analizar y con ello se verá impelido a estudiar los distintos enfoques teóricos que lo han hecho antes; esto es así porque en mucho depende de las interrelaciones intelectuales que lo llevaron a elegir alguno en especial de entre todos los niveles de la realidad descubiertos. El *para qué* en la ciencia política lleva implícita una toma de conciencia del investigador sobre la trascendencia de la teorización que realice de lo observable, lo que facilitará la definición del objeto empírico y también del objeto teórico.

Es claro que este paso vuelve a implicar la subjetividad del investigador, pero su ideología (en el sentido de visión distorsionada de la realidad) habrá tenido controles porque ahora ya “vio” incluso hasta lo que no quería o no podía ver. No obstante, su subjetividad, y eso es inevitable en las ciencias sociales, es la que guiará su decisión última respecto a lo que va a estudiar. Como cualquier ciudadano, el politólogo tiene preferencias partidarias, valores éticos e intereses políticos; simultáneamente y a causa de su formación académica, también maneja una serie de conceptos teóricos. Todo este conjunto determinará finalmente qué fenómeno es para él deseable que se conozca, pero ello no debe interferir en el nuevo conocimiento creado, es decir, en las conclusiones teóricas de la investigación.

En el ejemplo que se ha venido utilizando, lo que guía la investigación es una interrogante surgida de la abstracción de las interrelaciones entre los distintos campos que es producto de la conciencia del investigador acerca del significado de la elección de jefe de Gobierno en el Distrito Federal y de su toma de posición respecto de ese fenómeno político. Sea cual fuere, esta posición jugará un papel decisivo en el rumbo teórico de la investigación, pero no debe sesgar las conclusiones sobre sus resultados.

A partir de este momento, el investigador pone en juego plenamente su bagaje teórico y entonces está preparado para hacer una primera y amplia revisión de fuentes de información sobre su tema (que ya es su objeto de estudio y no simplemente un enunciado sin contenido), donde conocerá sus antecedentes empíricos y la forma en qué ha sido abordado por otros investigadores, así como los enfoques teóricos que han utilizado para explicarlo y los hallazgos que han encontrado, esto es, los problemas teóricos que se plantearon y cómo los resolvieron. Esto lo llevará a lecturas sobre teoría que le servirán para formular su propia pregunta de investigación, que ya no se referirá sólo al mundo de lo observable sino a una posible solución que enriquecerá a la teoría y a la ciencia.

A modo de conclusión

La que en este trabajo se ha llamado fase epistemológica de la investigación para enfatizar que en ella se abordan los problemas propios de la epistemología o teoría del conocimiento —las relaciones que se establecen entre el sujeto y el objeto de la investigación, entre realidad y teoría, y los referidos a la neutralidad de valores, etcétera—, tiene un gran peso para la producción de conocimiento en las ciencias sociales, tal como lo señalan las conclusiones de filósofos de la ciencia y teóricos que, como Ernest Nagel y Jürgen Habermas, marcaron las dificultades específicas que enfrentan. Aquí se sugiere una metodología para superar algunas de ellas.

La sugerencia básica es que en la fase epistemológica de la investigación, el sujeto que investiga construye a su objeto de estudio en un difícil trabajo intelectual. A partir del tema inicial es preciso descubrir

los múltiples campos problemáticos que contiene; si el investigador piensa que puede iniciar su proyecto directamente del tema inicial, enfrentará muchos problemas y de todas maneras más adelante tendrá que volver a esta fase, ya que no puede confundirse el tema con el objeto de estudio. El tema inicial es sólo un enunciado sin contenido, mientras que el objeto de estudio es seleccionado de un conjunto de campos problemáticos vinculados con la realidad social mediante el trabajo intelectual y la discusión. En realidad, la mayor parte de los investigadores cubren esta fase epistemológica cuando buscan información sobre su tema, discuten con otros colegas, descubren teorizaciones y se forman una idea tanto de lo descubierto como de lo que está por descubrirse. Lo importante es tratar de encontrar un nuevo problema teórico para tratar de resolverlo mediante la investigación.

Finalmente, se debe señalar que muchas de las ideas expuestas en este trabajo son seguramente polémicas; algunas serán rebatidas y otras tal vez sean útiles para reflexionar sobre la relación entre el sujeto y el objeto en la investigación de los fenómenos políticos. En todo caso, están a discusión y éste era uno de los objetivos al escribirlo.

Bibliografía

Bartolini, Stefano

1994 “Metodología de la investigación política”, en *Manual de ciencia política*, Alianza Universidad (Textos, núm. 125), Madrid.

Bunge, Mario

1983 *La investigación científica*, Ariel, Barcelona.

Duverger, Maurice

1988 *Métodos de las ciencias sociales*, Ariel, México.

Easton, David

1996 *Esquema para el análisis político*, Amorrortu, Buenos Aires.

Gadamer, Hans-Georg

1977 *Verdad y método I*, Sígueme, Salamanca.

Gurvitch, Georges

1969 *Los marcos sociales del conocimiento*, Monte Ávila, Caracas.

Habermas, Jürgen

2000 *La lógica de las ciencias sociales*, Tecnos, Madrid.

- Lakatos, Imre
1982 *La metodología de los programas de investigación científica*, Taurus, Madrid.
- Myrdal, Gunnar
1974 *Objetividad en la investigación social*, Fondo de Cultura Económica (Breviarios, núm. 212), México.
- Nagel, Ernest
1991 *La estructura de la ciencia*, Paidós, Barcelona.
- Pasquino, Gianfranco *et al.*
1994 “Naturaleza y evolución de la disciplina”, *Manual de ciencia política*, Alianza Universidad (Textos, núm. 125), Madrid.
- Popper, Karl
1982 *El desarrollo del conocimiento científico. Conjeturas y refutaciones*, Taurus, Madrid.
- Prichard, H.A. *et al.*
1980 *Conocimiento y creencia*, Fondo de Cultura Económica (Breviarios), México.
- Sartori, Giovanni
1996 *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Valdés, María Eugenia
1999 “¿Existe el dilema de lo cualitativo vs. lo cuantitativo en la investigación sobre política?”, en *Iztapalapa*, núm. 47, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Villoro, Luis
s.f. “El concepto de ideología en Marx y Engels”, en Mario H. Otero *et al.*, *Ideología y ciencias sociales*.
1991 *Creer, saber, conocer*, Siglo XXI, México.
- Weber, Max
1983 *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Zemelman, Hugo *et al.*
1987a “Razones para un debate epistemológico”, en *Revista Mexicana de Sociología*, 1/87, Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM, México, enero-marzo.
1987b “La totalidad como perspectiva de descubrimiento”, en *Revista Mexicana de Sociología*, 1/87, Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM, México, enero-marzo.

Ziman, John M.

1972 *El conocimiento público. Un ensayo sobre la dimensión social de la ciencia*, Fondo de Cultura Económica (Colección Popular, núm. 108), México.

Internet

http://www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/E/ef_2generacion.htm

<http://www.cibernous.com/autores/hermeneutica/index.html>

Artículo recibido el 8 de noviembre de 2005
y aceptado el 26 de enero de 2006